



28 de septiembre de 1879

LOS VIAJES DE NUESTRO SEÑOR
CÓMO, SIGUIENDO SU EJEMPLO, DEBEMOS
SANTIFICAR LOS QUE TENEMOS QUE HACER

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas:

Ante todo, tengo que daros una noticia dolorosa: el predicador¹ que tantas veces nos habló de Dios, de la Santísima Virgen y de los santos, ha fallecido esta mañana en Corps en la madrugada de la fiesta de Nuestra Señora de los Siete Dolores. Se fue para ir al cielo, espero. Pero debemos orar por él, es una deuda de gratitud.

Me hubiera gustado hablaros de esta hermosa fiesta de Nuestra Señora de los Siete Dolores. Pero algo me empuja, ya que hay tantas hermanas yendo de aquí para allá y recorriendo las casas, a hablaros de los viajes de nuestro Señor.

En su vida, nuestro Señor pasó tres años viajando. A lo largo de su vida evangélica, fue de un lugar a otro llevando la palabra de Dios, su misericordia, su bondad, el don celestial de su presencia. Judea estaba llena de una multitud de pequeños pueblos. Nuestro Señor pasó de uno a otro, casi nunca descansando, apenas deteniéndose un día o dos en cada lugar, y partiendo para llevar a otra parte la buena noticia.

Esto es para nosotras, hermanas mías, un modelo desde muchos puntos de vista. Primero, ¡cuántos problemas tuvo nuestro Señor en sus viajes!, ¡cuánto cansancio! En los caminos muy ásperos de Judea, siempre viajó a pie, muy pobremente, muchas veces falto de lo necesario, ya que sus apóstoles habían ido al pueblo cercano a buscar la comida, cuando estaba hablando con la mujer samaritana²; y otra vez sus discípulos, urgidos por el hambre, frotaban, para comérselas espigas que aún no estaban completamente maduras³. Así que había una gran pobreza en esta vida de nuestro Señor.

En sus viajes padecía frío, lluvia, mal tiempo, sol muy caliente en ese país. A menudo dormía a la intemperie, o bien se retiraba por la noche al monte a orar. Sus viajes fueron muy costosos, y son parte del tesoro de nuestra Redención, porque nuestro Señor sufrió mucho en ellos.

¹ Monseñor Tardif de Moidrey, muerto en Corps, departamento de Isère.

² Jn 4, 8.

³ Mt 12, 1 y Lc 6, 1

Pero en estos sufrimientos, ¡qué paz divina! ¡Qué bueno sería tenerlo a menudo delante de los ojos! Por su paciencia, su mansedumbre, inspiró a sus discípulos todos los sentimientos perfectos, pero ¡con qué trabajo! Cuando uno quiso hacer descender fuego del cielo sobre una ciudad donde habían sido mal recibidos⁴, cuando otro no quería que volviera a un lugar donde lo querían apedrear⁵, les hizo entender que los trabajadores evangélicos –y esto nos es muy útil– cuando han trabajado todo el día, es decir toda la vida, deben sentirse bien recompensados si, al final, la palabra divina ha penetrado.

También es la historia de los que trabajan en la viña y que van a la hora undécima⁶. ¿No hay doce horas en el día? Con que llegemos a la hora undécima, es suficiente. Que esté allí el espíritu de nuestro Señor, no hay duda. Sabéis muy bien que nuestro Señor entregó toda su vida para ganar almas, pero sin embargo fueron muy pocos los que se convirtieron en vida de nuestro Señor. En el primer sermón de San Pedro tuvo lugar la mayor redada de la que se hace mención. Nuestro Señor había trabajado mucho, sufrido mucho para difundir la palabra divina y, en la hora undécima, es decir, al final de su vida, sólo tenía un número muy pequeño de discípulos. Eso fue suficiente, porque él había derramado su semilla, dejado sus ejemplos, su misericordia y su bondad.

Digo esto porque en las misiones que recibimos, no siempre triunfamos, o el éxito se hace esperar. ¿Por qué no quisiéramos, como nuestro Señor, empezar recibiendo rechazos? Nuestro Señor tenía verdaderos amigos a su alrededor, Magdalena, Marta, Lázaro, los Apóstoles. No hablo de su Santísima Madre. Pero estos amigos eran pocos en número, y había muchos que se opusieron a él y lo culparon. Hubo un clamor general contra él, al mismo tiempo que se ganaron algunas almas y enteramente suyas, en tal minoría, que a la hora de su muerte, hubo una gran mayoría de gente para condenarlo.

Después de eso, ¿podríamos pretender tener una vida donde todo tendrá éxito, donde todo será consolador? Siempre tendremos apoyo, pero siempre tendremos dificultades. Diré que, si tuviéramos una mente sobrenatural, tal vez preferiríamos las penas a los éxitos. Ese es un espíritu muy sobrenatural, eso es cierto. Pero al final no son los éxitos, los consuelos, el apoyo que habremos tenido, lo que dará más mérito para la eternidad, sino las penas que podríamos haber encontrado.

Hay un hombre que se presentó ante Dios hoy. Tuvo penas en su vida, pero ¿no creéis que es ahora su tesoro más rico? Tenía una mente sombría, puede que haya exagerado sus penas; pero lo que acogió de buen grado, lo que aceptó y ofreció a Dios, permanece para él ahora como su tesoro más rico.

Si hiciéramos esto con nuestras penas, nuestras contradicciones, nuestros fracasos, caminaríamos en los pasos de nuestro Señor. ¿Quién de nosotras no quisiera haber visto a nuestro Señor, haber puesto sus pies donde él los puso, haber caminado tras sus huellas en esta tierra tan dura, tan árida de Judea, alrededor de este lago, con estos pobres pescadores? ¿Quién de nosotras no hubiera sido feliz siguiendo a este pequeño grupo a veces despreciado y rechazado, para recibir la palabra divina, para acercarse a nuestro Señor, para mezclarse con la multitud que tocaba su ropa?

Todas nosotras hubiéramos estado encantadas. Pero hay una manera de poner

⁴ Lc 9, 54.

⁵ Jn 11, 8.

⁶ Mt 20, 6-7.

sus pies en sus pasos, es imitar sus ejemplos, tener sus pensamientos, hacer lo que hizo, tomar las cosas como las tomó, tender a copiarlo en este mundo, para poseerlo en el próximo.

Dejo este pensamiento a las que van a viajar, para que sean a la vez edificantes, pacientes, valientes, sin separarse ni un solo momento de nuestro Señor Jesucristo que es el verdadero amigo en la tierra. Este es el amigo que no perderemos, que nos acompañará a todas partes. Dondequiera que vayamos, nuestro corazón puede apoyarse en él; en todos lados tendremos un sagrario. En todas partes un sacerdote dirá misa por nosotras y nos dará este tesoro infinito del Santísimo Sacramento que descende a nuestro corazón. En todas partes encontraremos a nuestro Señor dispuesto a difundir sus gracias, con tal que lo amemos y que lo busquemos. Lo hace en esta vida, porque quiere ser, ante todo, el amigo y el tesoro de nuestra alma para el tiempo y para la eternidad.